

CONVERSIÓN.

La habitación de Enrique Armand armonizaba en todo con sus gustos. Sin conocerse al elegante joven, se le hubiera adivinado al entrar en su cuarto de la calle Rivoli. Todo respiraba la comodidad y el « *savoir faire* », propios del hombre de gran mundo. Las paredes, tapizadas de seda azul oscuro, estaban adornadas con vistosos y alegres cuadros, los más de los cuales representaban escenas del tiempo de Luis XV. Sobre la cabecera de su cama, de bronce cincelado, había un hermoso espejo de marco dorado y labrado al estilo florentino; las cortinas del lecho eran de tela del mismo color de las colgaduras. Un sofá, dos sillones y algunas sillas, todas tapizadas de paño azul, y una mesa de palo de rosa, componían parte del mobiliario de Enrique. A un lado de la habitación había una gran cómoda de espejo, y las mesitas del costado estaban adornadas con bibelots de Sèvres, que eran verdaderas obras de arte. Custodiando estas maravillas había un retrato de mujer hermosa y joven, la que parecía ser la subyugadora de todo lo allí expuesto, desde el dueño de la habitación hasta los más ínfimos objetos. Había además una biblioteca llena de volúmenes, encerrando en sí obras de los más afamados escritores mundiales, las que á menudo eran leídas por su poseedor. Una rica alfombra de fondo verde hacía resaltar el sobrio mueblaje ya descripto. Me olvidaba citar entre estos detalles, uno, talvez el de más